

# **1 ANIMALES Y HOMBRES: UNA HISTORIA COMPARTIDA**

No soy de un pueblo de bueyes,  
que soy de un pueblo que embargan  
yacimiento de leones,  
desfiladeros de águilas  
y cordilleras de toros  
con el orgullo en el asta.  
Nunca medraron los bueyes  
en los páramos de España.  
(*Vientos del pueblo*, Miguel Hernández)

- 1.1. LA VISIÓN HUMANA DE LOS ANIMALES EN NUESTRA CULTURA.
  - 1.1.1. LA MITOLOGÍA Y LA RELIGIÓN.
  - 1.1.2. LA HISTORIA.
  - 1.1.3. LA LITERATURA.
  - 1.1.4. LA SIMBOLOGÍA.
  - 1.1.5. LA LINGÜÍSTICA.
- 1.2. ANIMALES DOMÉSTICOS Y ANIMALES EXÓTICOS.

## **1.1. LA VISIÓN HUMANA DE LOS ANIMALES EN NUESTRA CULTURA**

Y dijo Dios: «Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra, y mande en los peces del mar y en las aves de los cielos, y en las bestias y en todas las alimañas terrestres, y en todas las serpientes que serpean por la tierra».  
[Et ait: faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram, et praesit piscibus maris, et volatilibus caeli, et bestiis, universaeque terrae, omnique reptili, quod movetur in terra]  
(Génesis: 1,26)

Los animales y los seres humanos hemos compartido territorio, hemos sido amigos y enemigos. Ellos nos han servido de alimento, nos han servido de transporte, nos han dado compañía, nos han atacado o nos han defendido. Su aspecto, su comportamiento (movimientos, costumbres) han sido siempre punto de comparación con los nuestros. Hay un pasaje significativo en la Biblia: en el Eclesiastés (3, 18-19), se reflexiona sobre la relación hombre-animal y se pone en tela de juicio la preeminencia de aquel sobre este:

18 Yo dije en mi corazón, con respecto al estado de los hijos de los hombres, que Dios los prueba, para que vean que ellos mismos no son sino bestias.

19 Porque lo que sucede a los hijos de los hombres y lo que sucede a las bestias es lo mismo: como mueren los unos, así mueren las otras, y un mismo aliento tienen todos; no tiene preeminencia el hombre sobre la bestia, porque todo es vanidad.

Al fin y al cabo, en el variopinto paisaje de seres que miramos y con los que convivimos, compartimos el movimiento; son los que más cerca están de nuestra condición: somos, también, animales. Excepcionales, eso sí (para lo bueno y para lo malo). Como nos recuerda el profesor de filosofía de la Universidad de Salamanca Ricardo Piñero, en su magnífica monografía sobre el arte medieval *Las bestias del infierno* (2005: 11):

... el hombre ha sentido desde tiempos remotos una fascinación por el animal: lo ha admirado, envidiado, reverenciado, adorado, sacrificado... Ha visto en él lo otro de sí mismo, ha plasmado en él todos sus anhelos, sus deseos más íntimos, sus frustraciones, sus valores y contravalores. La historia del hombre ha corrido paralela, cuando no entrecruzada con la del animal.

Son, en efecto, historias paralelas, como nos asegura el paleoantropólogo francés Pascal Picq, en la obra que coordinó, *La historia más bella de los animales* (Picq et alii, 2002: 8):

Contar la historia de los animales es también contar la de los hombres. Porque si los animales tienen una vida, un pasado y una historia que les pertenece, han tenido que verse también incluidos en la aventura de los humanos, que jamás han podido vivir sin ellos. Esta convergencia ha revestido una capital importancia en la historia de la humanidad, porque ha contribuido al nacimiento de las primeras civilizaciones y marcado profundamente la imaginación de los hombres.

Este territorio común condiciona las relaciones entre ambos mundos que han sido tratadas en la mitología y en la religión (1.1.1), en la historia (1.1.2), en la literatura (1.1.3), en la simbología (1.1.4) y en la lingüística (1.1.5), que es ahora lo que más nos interesa.

1.1.1. LA MITOLOGÍA Y LA RELIGIÓN. Y vamos al principio. La explicación mitológica de algunos animales de nuestras metáforas ya está presente en esta

primera reflexión sobre el mundo. Quizás la historia más conocida es el origen de la *golondrina* y el *ruiseñor*: Tereo, rey de Tracia, se casa con Progne, hija del rey de Atenas: cuando Tereo regresa de Atenas con su cuñada, Filomela, la viola y le corta la lengua para que no hable; pero ella consigue contarle (¿bordando en tela o escribiéndolo con sangre?) lo sucedido a su hermana. Progne mata a su hijo y se lo da de comer al violador que, al saberlo, comienza una persecución contra las dos hermanas: los dioses se apiadaron de las dos hermanas y las convirtieron en aves: Progne en *ruiseñor*, Filomela en *golondrina* (el cruel Tereo en *gavilán*); en otra versión, Progne fue *golondrina*, Filomela *ruiseñor* y Tereo *abubilla*. Entre las aves, está también la *lechuza*: fue una ninfa, llamada Nictímene, que cometió incesto con su padre y fue convertida en animal nocturno, por la vergüenza de su pecado.

La *comadreja* fue Galantis, una criada de Almena, mujer de Anfitrio y amante de Zeus. Se cuenta que, cuando Almena estaba embarazada de Hércules, Juno, celosa esposa de Zeus, se disfrazó de vieja y, junto a la casa de la parturienta, cruzando los dedos, impedía el nacimiento de la criatura. La criada consiguió, dándole la falsa noticia del nacimiento, que deshiciera el cruce de dedos y pudiera así nacer Hércules.

Las *hormigas* eran los mirmidores (*Μυρμιδόνες*; *μύρμηξ*, «hormiga»), un pueblo de Tesalia que luchó con Aquiles en la Guerra de Troya. Según *Las metamorfosis* de Ovidio, Éaco, hijo de Zeus y regente de la ciudad de Egina, pide a su padre que convierta en hombres a las hormigas de un «alcornoque» cercano a la ciudad, puesto que una plaga promovida por la diosa Juno había despoblado la ciudad. Otra versión atribuye el origen del pueblo a que Zeus, enamorado de la princesa Eurimedusa, se metamorfoseó en hormiga para conquistarla y así nació su hijo, el rey Mirmidón. Los historiadores (Estrabón), más apagados a la realidad, explican el nombre porque aquellas tierras de Tesalia eran pedregosas y, para labrar los campos, tenían que retirar las piedras formando largas cadenas de hombres, como las hormigas.

Finalmente, la *araña* fue una doncella de Libia, magnífica hilandera, que quiso competir con Palas: viéndose vencida, se ahorcó, pero la diosa se apiadó de ella y la convirtió en un insecto.

El dominico fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapas, en su *Apologética historia sumaria* (1527-1550), magnífico resumen de la cultura indígena precolombina, enumera la adscripción de los animales a los dioses en el ámbito europeo, citando a Plutarco y a Virgilio:

De los animales también se consagraron algunos a los dioses, como el *perro*, a Diana; el *águila*, a Júpiter; el *tigre*, a Baco; el *pavón*, a Juno; el *león*, a Cibel, la madre de los dioses; el *caballo*, a Neptuno; el *cisne*, a Apolo; la *culebra*, a Esculapio; el *cervo*, a Febo; el *picoverde*, a Martes; la *paloma*, a Venus; la *lechuza*; a Minerva; el *lobo*, a Martes; el

ánsar, a Juno; el *ave fénix*, al Sol. Esto dicen Plutarco en sus Problemas; Virgilio en el 1.<sup>º</sup> de las Eneidas...

[picoverde: «ave del tamaño de la tórtola, que tiene el color de sus plumas variado de manchas verdes, amarillas y de otros colores...» (*Diccionario de Autoridades*).]

Muchas culturas han visto en los animales a los dioses que rigen nuestras vidas. Incluso los griegos llegaron a imaginar seres fabulosos mitad hombre y mitad animales. El *sátiro* era, según el diccionario académico, un «ser de la mitología greco-romana, campestre y lascivo, con aspecto de hombre barbado con patas y orejas cabrunas y cola de caballo o de chivo»; la *sirena* era «ninfá marina con busto de mujer y cuerpo de ave, que extraviaba a los navegantes atrayéndolos con la dulzura de su canto. Algunos artistas la representan impropriamente con torso de mujer y parte inferior de pez».

También en la citada *Apologética historia sumaria*, fray Bartolomé de las Casas da noticia de los diversos dioses animales en algunos pueblos:

Los de Siria, los peces y las palomas tuvieron por dioses. Los trogloditas, pueblos de Etiopía, veneraban los galápagos o tortugas por sus dioses. Los vecinos heliopolitanos, de la ciudad de Heliópolis, que los griegos llamaban Tebas según Diodoro, ciudad de Egipto, al buey. Los de Menfis, ciudad real de aquel reino, a la vaca. Los lentopolitanos, de otra ciudad de allí, la cabra. Los mensesios, de otro lugar de la boca del río Nilo, al cabrón. Los tebanos, de otra insigne y nominatísima ciudad del mismo Egipto, al águila. Los licopolitanos, vecinos de Licópolis, ciudad nombrada también de Egipto, tuvieron por dioses los lobos. Los babilónicos, a un animal que se llama cepo o capho.

En la misma obra, enumera las asociaciones que los egipcios establecían entre los animales y la conducta de los seres humanos.

Y porque dejimos de las figuras o caracteres con que los egipcios sus cosas sagradas celaban, que se llaman en griego notas hieroglyphicas, quiero aquí poner algunas, de los autores que abajo se nombrarán sacadas. Por la culebra que se mordía la cola significaban todo el año y el discurso de los cuerpos celestiales; por la figura del león, el furor o arrebataamiento; por el pecho y partes delanteras del *león* entendían la fortaleza; por la *mosca*, la imprudencia o el hombre imprudente; por la *hormiga*, el cognoscimiento y la providencia; por la *cabeza del león*, los que velan y guardadores; el cielo pintado y que da de sí rocío, la disciplina y el arte; el *pelícano*, el hombre acechador y que anda en acechanzas. Por la *excusa*, que debe ser ave o animal no cognoscido, entendían el agradecimiento; por la *víbora*, la mujer que anda en acechanzas contra su marido. La *cigüeña* significaba los que aman a sus padres; la paloma significaba la ingratitud; la *hiena* pintada, que es cierto animal, daba a entender el hombre inconstante; por la figura de la *cabra*, el que muy bien oye o tiene buena fama; por el *anguilla*, el que no es visto de alguno; por el *camello* entendían el hombre perezoso. La figura del Apis o *buey* pintado o de muchas manchas, que ellos adoraban, les daba a entender el rey; el *bueitre* les significaba el ángel que nos guarda y la majestad... Por las *perdices*, los hombres que hacen injurias a otros; por el *pece hippopotamo*, que tiene las uñas vueltas hacia abajo, o por las mismas uñas del querían significar los hombres impíos e injustos; por el *alcón* o *azor* significaban la cosa presto...

Y también hemos compartido acontecimientos singulares en el marco de la religión. En el Génesis (6, 19-20), Dios manda a Noé:

de todo ser viviente, de toda carne, meterás en el arca una pareja para que sobrevivan contigo. Serán macho y hembra. De cada especie de aves, de cada especie de ganados, de cada especie de sierpes del suelo entra contigo sendas parejas para sobrevivir [«Et ex cunctis animantibus universae carnis bina induces in arcam, ut vivant tecum. Masculini sexus et feminini. De volucribus iuxta genus suum, et de iumentis in genero suo, et ex omni reptili terrae secundum genus suum: bina de omnibus ingredientur tecum, ut possint vivere»].

Cada época representó, según sus valores, el bestiario que acogió Noé: por ejemplo, en la Edad Media el oso y el león iban a la cabeza de la procesión, acompañados por el ciervo y el jabalí (por su valor cinegético) y también el caballo (Pastoureau, 2009: 171 y ss.). Atanasius Kircher, en el xvii, publica su obra *El Arca de Noé* (1675) en la que describe detalladamente los animales: da poca importancia a los *Insecta* y a los *Reptilia*, pero se centra en los *Quadrupeda* (*Munda* et *Inmunda*) y los *Volatilia*.

La Biblia ha influido decisivamente en nuestra cultura occidental; por tanto, su visión de los animales es determinante para entender por qué tenemos una visión positiva o negativa sobre ellos. En el Deuteronomio (14), se enumeran los animales *limpios* y los *inmundos*, los que el pueblo israelita podía comer y los que no.

<sup>3</sup>No comerás nada abominable. <sup>4</sup>Estos son los animales que podréis comer: *el buey, la oveja, la cabra, <sup>5</sup>el ciervo, la gacela, el corzo, la cabra montés, el íbice* [especie de cabra montés], *el antílope y el carnero montés*. <sup>6</sup>Y cualquier animal de pezuña dividida que tenga la pezuña hendida en dos mitades y que rumie, lo podréis comer. <sup>7</sup>Pero éstos no comeréis de entre los que rumian o de entre los que tienen la pezuña dividida en dos: *el camello, el conejo y el damán* [mamífero parecido al conejo de Indias]; pues, aunque rumian, no tienen la pezuña dividida; para vosotros serán inmundos. <sup>8</sup>Y el *cerdo*, aunque tiene la pezuña dividida, no rumia; *será inmundo para vosotros*. No comeréis de su carne ni tocaréis sus cadáveres.

<sup>9</sup>De todo lo que vive en el agua, éstos podréis comer: *todos los que tienen aletas y escamas*, <sup>10</sup>pero no comeréis nada que no tenga aletas ni escamas; *será inmundo para vosotros*.

<sup>11</sup>Toda ave limpia podréis comer. <sup>12</sup>Pero éstas no comeréis: *el águila, el buitre y el buitre negro*; <sup>13</sup>*el azor, el halcón y el milano* según su especie; <sup>14</sup>*todo cuervo* según su especie; <sup>15</sup>*el avestruz, la lechuza, la gaviota y el gavilán* según su especie; <sup>16</sup>*el búho, el búho real, la lechuza blanca*, <sup>17</sup>*el pelícano, el buitre, el somormujo* [ave palmípeda], <sup>18</sup>*la cigüeña y la garza* según su especie; *la abubilla y el murciélagos*. <sup>19</sup>*Todo insecto alado* será inmundo para vosotros; no se comerá. <sup>20</sup>Toda ave limpia podréis comer.

<sup>21</sup>No comeréis ningún animal que se muera. Lo podrás dar al forastero que está en tus ciudades, para que lo coma, o lo podrás vender a un extranjero, porque tú eres un pueblo santo al Señor tu Dios.

Llama la atención el *cerdo*, que en español tiene, como en el occidente en general, connotaciones negativas, mientras que es un elemento central en nuestra cocina. También el *buitre* y el *cuervo* tienen «mala fama», como veremos, entre nosotros.

Hace ya un tiempo, Louis Charbonneau-Lassay, historiador católico francés, publicó un libro curioso sobre la representación de Cristo en *tetramorfos* (hombre y tres animales) compendio de la creación y de las más nobles criaturas: *El bestiario de Cristo: el simbolismo animal en la Antigüedad y la Edad Media* (1986; la primera edición es de 1940). En ella desarrolla y documenta el *tetramorfos*: «En el arte medieval, símbolo de los Evangelistas, consistente en cuatro figuras humanas con cabeza de animal». San Juan representa a Cristo como *león*, como *toro*, como *hombre* y como *águila*. Pero también esos símbolos tienen un sentido anátitético:

... el *león*, emblema sobre todo de la realeza y la resurrección de Cristo por sus eminentes cualidades, por sus perfecciones reales o ficticias, también lo fue de Satán, el Anticristo, porque, en palabras de San Pedro, es el animal de presa que ruge y trata de devorar. Igualmente, el *águila* que también es imagen de Cristo en muchos aspectos, fue tomada para representar a Satán, el falso Cristo, porque, si bien es ave noble y magnífica, también es rapaz destructora; y ya por esta condición la clasificó el Deuteronomio —14,12— entre los animales impuros cuya carne no debías comer los israelitas.

También fue representado como animal destinado a ser víctima: *becerro*, *buey*, *carnero*, *oveja* y, sobre todo, *cordero* (*agnus Dei*). También fue el *ave fénix* (por su Resurrección).

**1.1.2. LA HISTORIA.** Los animales domésticos, los más cercanos al hombre, son lógicamente más frecuentes como referentes metafóricos. Liliane Bodson, historiadora de la Universidad de Lieja, en su interesante trabajo «Les animaux dans l'Antiquité: un gisement fécond pour l'histoire des connaissances naturalistes et des contextes culturels» (2011: 4), comenta cómo en los primeros tiempos desempeñan tareas fundamentales en la vida del hombre:

En cuanto a los animales domésticos, algunos se convierten, después de un entrenamiento adecuado, en compañeros de trabajo y de placer; razas de perros seleccionadas para la caza, la vigilancia, el ataque, la compañía; bueyes, equinos, camélidos para el transporte de personas y de bienes, en tiempos de paz y de guerra; palomas para la transmisión de mensajes.

La domesticación de los animales aparece a finales del Paleolítico y, en ese momento, aparece su desmitificación: el hombre toma conciencia de su papel preponderante. Antes, en su representación artística, era un ser inseguro, como nos recuerda Piñero (2005: 17):

... el hombre se oculta a sí mismo en su representación, ocultando su rostro y despreciando su cuerpo. En estados más avanzados de esta historia, breve historia, la representación de la figura humana se hibrida, se hace intermedia e intermediaria entre la pura figura humana y la figura del animal. Probablemente, buena parte de la representación iconográfica de la mitología... tiene en cuenta este carácter mestizo, centaurescos, del que se nutren las primeras representaciones figurativas del cuerpo humano.

En la Antigüedad, Aristóteles llevó a cabo su primera descripción y clasificación. Hay un pasaje de su obra particularmente interesante para nuestro tema: están ya muchos de los rasgos que van a conformar las metáforas animales actuales. En su *Historia Animalium* (1990: 54 [488b]) describe, entre otros aspectos, sus diferencias de caracteres:

Los animales se distinguen también por las siguientes diferencias en lo que a su carácter respecta. En efecto, unos son mansos, tranquilos y no agresivos, como por ejemplo, el buey. Unos son inteligentes y tímidos, como el ciervo, la liebre. Otros innobles y astutos, como las serpientes, y otros nobles, valientes y magnánimos, como el león, y otros fuertes, salvajes y astutos, como el lobo. Resulta claro que animal magnánimo es el que viene de una raza noble, y animal fuerte el que no ha degenerado de su natural intrínseco. Y unos son perversos y malvados, como la zorra, otros furiosos, cariñosos y halagadores, como el perro, otros mansos y domesticables, como el elefante, otros vergonzosos y prestos a guardarse, como el ganso y otros celosos, como el pavo real.

Pero de todos los animales es el hombre el único dotado de discernimiento.

Sus seguidores, Claudio Eliano (cuya *Historia de los Animales*, citaré varias veces en este trabajo), Solino y San Isidoro de Sevilla, junto con la corriente literaria de las fábulas de Esopo, van a convertir a los animales en claves de virtudes y de vicios del hombre (visión simbólica).

En la Edad Media, los bestiarios aparecen como un intento de explicación del mundo y el arte de aquel tiempo, en piedra o en manuscritos, intenta captar en los animales una clave simbólica que ayude a entender la historia humana como un territorio donde se libra la lucha entre el bien y el mal. Desde el Génesis, cuando Adán da nombre a los animales, hasta el gran relato del arca de Noé, que los salvaguarda también de la extinción: es una imagen poderosa, el hombre y el animal compartiendo la salvación. Cualquier texto (sacro o profano) estaba frecuentemente iluminado con animales, que se convierten en una referencia didáctica: importaba menos el interés científico; es el carácter moral del que se impregnaban lo que interesa. Son como el espejo de vicios y virtudes y eso se va a trasladar inevitablemente al lenguaje. Y ese espejo aparece tanto en los monumentos en piedra como en los manuscritos miniados.

Nicasio Salvador (2004) hace un detallado análisis del concepto de *bestiario* y de su presencia en la literatura medieval española. Después de establecer varias etapas previas que constituyen una tradición previa (la Antigüedad grecorromana, el *Physiologos* griego, los *Physiologi* latinos y las enciclopedias), lo define como:

una obra en verso (Thaün, Guillaume, Gervaise) o prosa (Beauvais), que, en la traducción del *Physiologus*, al que remonta, de una y otra manera, incorpora materiales procedentes de la Biblia, de la Antigüedad clásica y de la latinidad medieval. El sistema expositivo consiste en la descripción de distintos animales, existentes o fantásticos, cuyas peculiaridades interpreta, mediante el método de la exégesis tipológica, de un modo simbólico, con un propósito de didáctica religiosa y moral (2004: 323).

Los valores que se proyectan en el uso metafórico del bestiario vienen, pues, en Occidente, condicionados por la reflexión de los autores clásicos (griegos y romanos) y, un poco más tarde, por la visión de la Biblia. Los bestiarios medievales, de conocimiento obligado para los colegiales, son «libros de zoología pseudo-científica», «catálogos simbólicos», «exposiciones de zoología moralizante», «inventarios fantásticos o fantasiosos», pero sobre todo —según Piñero (2005: 208)— «un libro en imágenes, algunas explicadas formalmente, otras moralmente, otras zoológicamente». El momento culminante de los bestiarios son los siglos XII y XIII, pero nacen de la *Naturalis Historia* de Plinio (23-79 d.C.) y del llamado *Phisiologus* (III-V), obra anónima en la que aparece la autoridad del Naturalista o Phisiólogo (¿Salomón? ¿Aristóteles?). A lo largo de la Edad Media, hay diferentes bestiarios que siguen básicamente el *Phisiologus*: el de Philippe de Thaon, el anónimo *De bestiis et aliis rebus*, el *Bestiario de Cambridge*, el *Imago mundi* de Honorius Augustodunensis —en el XII— y el bestiario de Pierre de Beauvois, el de Guillaume le Clerc —XIII—, el *Bestiaire d'Amour* de Richard de Fournival, el *Bestiario de Oxford*, *De animalibus* de Alberto Magno y *Liber de proprietatibus rerum* de Bartolomé el inglés... (Piñero, 2005: 216 y ss.). El filólogo vasco Ignacio Malax Echeverría (2000: 15) describe la importancia del animal en la mentalidad de aquella época:

... el animal es lo impenetrable y lo extraño por excelencia, excelente razón para que el hombre proyecte en él sus angustias y sus terrores, aún oscuros e infundados. Tales terrores sufren una extensa y notoria eufemización cultural; así los animales son puestos en relación con el origen y evolución del hombre, según diversos mitos; los cuentos y las leyendas los presentan como trasportadores del héroe, donantes o adyuvantes; la historia de las religiones muestra una constante sacralización de los mismos; por último, fenómeno que interesa aquí especialmente, los bestiarios medievales, haciendo de ciertos animales figuras de Jesucristo o de la Iglesia, espiritualizan el mundo sensible.

Piñero (2005: 230), por otra parte, hace una enumeración del bestiario satánico (bestias del terror y bestias del placer y el engaño):

la ballena, la cabra, el camaleón, el cocodrilo, el erizo, el gato, el jabalí, el león, el leopardo, el macho cabrío, el mono, el murciélagos, el oso, el perro, la rana, el ratón, el sapo, la serpiente, la tortuga, además de áspides, basiliscos, dragones, grifos, leucrotas, quimeras, unicornios, sátiro, centauros, esfinges, sirenas, mantícoras, cinocéfalos a los que habría que añadir el asno, el murciélagos, la lechuza, el cuervo, el escorpión, el aptalops, el aveSTRUZ, el cerdo, la ardilla, el gorrón, el halcón, la hiena, el ibis, la langosta, el lobo, el pavo real, la pantera, el topo, la hurraca, el zorro.

Recordemos, entre los menos conocidos, que la *leucrota* (también llamada *leucrocota*, *crocuta* y *cenocroca*) es un mamífero parecido a la hiena: cabeza de caballo, cuello y patas delanteras de león, cuartos traseros de ciervo; con una enorme boca de oreja a oreja, tenía la habilidad de imitar la voz humana. La *mantícora* («devoradora de personas») es una criatura con cabeza humana (frecuentemente con cuernos), con el cuerpo rojo (en ocasiones de un león), y con la cola de un dragón o escorpión, capaz de disparar espinas venenosas para incapacitar o matar a sus presas; Plinio la incluyó en su *De natura animalium* (iv, 21), admitiéndola pues como existente. Finalmente, el *aptalops* es un animal con cuerpo de toro, y sus cuernos, en forma de sierra, con los que corta árboles.

En el Renacimiento la literatura emblemática, con el impulso de los *Emblematum* (1531) de Alciato, reafirmó el carácter simbólico y moralizador de los bestiarios medievales. Una de las obras más conocidas fue el *Symbolorum et emblematum ex animalibus quadrupedibus desumptorum centuria* de Joachim Camerarius el Viejo, publicado en Núremberg en 1595. Es un bestiario de unos cien emblemas, sobre todo del continente europeo. Los más frecuentes son el león y el ciervo, seguidos del perro, el caballo la cabra y el oso.

Las diferentes civilizaciones comparten y difieren en lo referente a los valores simbólicos de los animales. La historiadora M.<sup>a</sup> Dolores Morales, en su trabajo «El simbolismo animal en la cultura medieval, Espacio, Tiempo y Forma» (1996: 235), hace un repaso de la valoración de los animales en diferentes culturas:

Una primera observación arranca de la siguiente generalización: los animales en las culturas occidentales y orientales tienen una significación tan dispar que, animales considerados maléficos o negativos en Occidente, resultan ser lo contrario en las culturas orientales. La *serpiente*, en Oriente, es símbolo de vida; el mono resulta, para los chinos, portador de salud, de éxito y de protección, así como de felicidad y larga vida. El *cuervo*, símbolo de mal agüero para los occidentales, tiene una excelente reputación para las pieles rojas americanos. El *cocodrilo*, símbolo de sabiduría para egipcios e hindúes, es un monstruo de maldad para los bestiarios medievales. Otros animales, de todas formas, suelen tener un buen significado en ambas culturas. Son, pues, símbolos universales. Tal sería el caso de *elefante*, apreciado en Occidente y eje del universo —montura de reyes— entre los hindúes. El *faisán* y el *gallo* son igualmente positivos para los chinos y los occidentales. La *abeja* ejemplifica la diligencia y la obediencia tanto con indoarios como con egipcios, musulmanes y europeos.

Los historiadores Arturo Morgado y José Joaquín Rodríguez, en su trabajo *Los animales en la historia y en la cultura* (2011), hacen una interesante reflexión sobre la cultura de los animales como disciplina independiente (*zoohistoria* para los franceses; *Animal Studies* para los ingleses). Señalan que las reflexiones proceden de diferentes disciplinas humanísticas, además de la historia de la ciencia, a menudo sin comunicación entre ellas: la historia del arte (bestiarios medievales y la literatura emblemática) y la historia de la literatura (narrativa, fabulística, literatura religiosa, lite-

ratura cinegética). Formulan así las tareas pendientes de esta incipiente historia cultura de los animales en España (2011: 17):

Sería necesario, ante todo, analizar la percepción de los distintos animales en el imaginario colectivo, y estudiar la evolución que ha sufrido la misma, desde las primeras manifestaciones literarias e iconográficas hasta su presencia en los medios de comunicación actuales. En segundo término, analizar el modelo de relación entre hombre y animal existente, pasado de la mera dominación y explotación (la caza), a la exhibición (los animales en el circo y los espectáculos, los parques zoológicos) y a la conservación y protección (legislación protecciónista, papel de las sociedades protectores de animales, etc.). Y, por último, analizar las grandes etapas en el pensamiento científico hispano acerca del mundo animal, constituyendo un hito fundamental al respecto la experiencia que supuso el contacto con la fauna americana.

Señalan tres etapas en esa historia cultural de los animales: la tradicional *visión simbólica* (espejo de los vicios y virtudes humanos), la *visión positiva* (intereses descriptivistas: el método científico) a partir del XVII y, finalmente, ya en el XIX, la *visión afectiva*.

**1.1.3. LA LITERATURA.** La comparación entre el comportamiento de los animales y de los hombres ha sido frecuente en la literatura. Dentro de la literatura sapiencial de la Edad Media, en el anónimo *Poridat de Poridades* (c. 1250) aparece una larga comparación del ser humano con los animales; aquél es el compendio de las virtudes y los defectos de las demás «cosas bivas»:

Sepades, Alexandre, que el omne es de más alta natura que todas las cosas bivas del mundo. Y que no a manera propia en ninguna creatura de quantas Dios hizo que no la aya en él. Es esforçado commo león. Es couarde commo liebre. Es mal fechor commo cueruo. Es montés commo leopardo. Es flaco como gallo. Es escasso como can. Es duendo [«doméstico, casero»] como paloma. Es artero commo gulpeija. Es sin arte commo oueija. Es corredor commo gamo. Es perezoso commo osso. Es noble commo elefante. Es amansado como asno. Es ladrón como pigação [urracas]. Es loçano commo pauón. Es guiador como alcotán [«ave parecida al halcón»]. Es perdido como nema [¿hiena?]. Es uelador como abeia. Es foydor commo cabrón. Es triste como aranna. Es manso commo camello. Es brauo como mulo. Es mudo commo pescado. Es fablador commo tordo. Es sofridor como puerco. Es malauenturado como búho. Es seguidor commo cauallo. Es dannoso como mur [ratón].

Texto que repite el noble vizcaíno e historiador Lope García de Salazar, en su *Istoria de las bienandanzas e fortunas* (1471-1476), obra miscelánea que relata hechos históricos y legendarios, desde la creación del mundo hasta el siglo XV. También a finales de este siglo, Antonio de Villalpando, capellán de los Reyes Católicos, en su *Razonamiento de las Reales Armas de los Católicos Reyes don Fernando y doña Isabel* (c. 1474-1500), cita a Boecio para describir algunas conductas «bestiales» de los hombres:

Y de aquí es lo que dixo Boeçio en su Libro de la Consolación que, como aquellos que *dándose a virtud son hechos divinos*, así es nesçesario que, desanparada la razón y *dándose a viçios, se hagan bestiales*. Y pone enxenplo que el avariento y tomador forçoso de las haciendas agenes es semejante al *lobo* y el que de engannos y cautelas bive es al *raposo* comparado y el que está lleno de ira trae de *león* el coraçon e el medroso y que huye de lo que no a de temer es al *cervo* semejante y el negligente y perezoso es asemejado al *asno* y el que es liviano e incostante a las *aves* se compara y el que está enbuelto en los deleites de las luxurias es al *puerco* figurado; y así concluye que quien desanparada la razón dexa de ser onbre por aquello, como no pueda passar en divina condición, queda que *en bestia sea tornado*, ca en nos ay dos conosçimientos, conviene saber: de entendimiento e de seso. El entendimiento es una cosa divina en nosotros por el qual subimos a las cosas superiores e a Dios somos semejantes.

La Edad Media hereda de la Antigüedad (Esopo, Fedro) las fábulas en las que los animales hablan, en una transferencia de la propiedad más definitoria del ser humano. Eustaquio Sánchez Salor (1993) editó una serie de fábulas de María de Francia (en la segunda mitad del XII) y del inglés Odón de Cheriton (en la primera mitad del XIII), que representan dos visiones distintas (corte y clero) del uso de los animales como espejo de una sociedad que defienden. El león es el buen rey, el lobo el rey infausto; el zorro representa a menudo al diablo y las víctimas son el gallo, el cordero (ennoblecido porque Cristo fue el cordero de Dios, sacrificado para la salvación de los hombres), el asno y el perro...

Erasmo de Rotterdam, en sus *Adagios del poder y de la guerra y teoría del adagio* (ed. R. Puig de la Bellacasa, Valencia, Pre-Textos, 2000: 91-92), describe cómo se construyen las metáforas proverbiales, aunque no empieza en clave feminista precisamente:

También se construyen tomando como base los seres vivos, como por ejemplo, más hablador que una mujer, más salaz [«lujurioso»] que un *gorrón*, más libidinoso que un *chivo*, más longevo que un *cervo*, más viejo que una *cormeja*, más chillón que un *grafo*, más melodioso que un *ruiñón*, más dañino que una *obra*, más venenosa que una *víbora*, más tierno que un *lechón de Acanania* [región del centro occidente de Grecia, a lo largo de mar Jónico. *Porcellus Acarnanius*, refrán para referirse a los delicadamente criados], más escurridizo que la *anguila*, más tímido que una *liebre*, más lento que un *caracol*, más sano que un *pez*, más mudo que un *pez*, más juguetón que el *delfín*, más raro que el *ave Fénix*, más fértil que una *cerda*, más raro que un *cisne negro*, más cambiante que la *hidra*, más raro que un *mirlo blanco*, más voraz que el *buitre*, más tenaz que el *escorpión*, más lento que la *tortuga*, más dormilón que un *lirón*, más ignorante que un *cerdo*, más tonto que un *borrico*, más cruel que la *hidra*, más asustadizo que un *gamo*, más sediento que la *sanguijuela*, más pendenciero que un *perro*, más peludo que un *oso*, más liviano que un *mosquito*.

A finales del XVI, el jesuita toledano Pedro de Ribadeneira, en su *Tratado de la religión y virtudes que debe tener el príncipe cristiano para gobernar sus estados, para gobernar y conservar sus estados: contra lo que Nicolás Maquiavelo, y los políticos en este tiempo*

enseñan (1595), utiliza la comparación de la conducta del príncipe maquiavélico con la de los animales:

La suma de todo lo que enseña Maquiavelo y los políticos acerca de la simulación y virtudes fingidas del príncipe, de que habemos hablado en el capítulo pasado, se cifra en formar y hacer un perfectísimo hipócrita, que diga uno y haga otro, y que sea como *un monstruo, compuesto de varias figuras*; que parezca oveja y sea lobo, con el rostro de hombre y el corazón de vulpeja; que tenga más pintas que un leopardo... y remedie la voz del hombre para engañarle, y le despedace y trague, y después llore como el cocodrilo; y por de fuera parezca blanco, y dentro tenga la carne dura y negra, como el cisne...; y como las monas, que imitan las acciones del hombre y siempre se quedan monas; y como la mariposa, que vuela y parece hermosa, y deja su semilla, de la cual se cría la oruga, pintada con varias colores, que roe y consume la lozanía y fruta de los árboles. Tal es el príncipe hipócrita y taimado que pinta Maquiavelo, que quiere que dé a Dios las hojas, y los frutos al demonio.

Ya entrado el siglo XVII, el poeta y dramaturgo toledano José de Valdivielso, en su auto sacramental *El hombre encantado* (1622), por boca del Diablo (en pugna con la Ignorancia) expone todo un listado del comportamiento humano de los animales en la descripción de un castillo con hombres-bestias encadenados, caídos en pecado:

<p><i>Demonio Hombre</i>, que encantado estás en mis prisiones y rejas, siendo tus culpas los hyerros que eslabonan tus cadenas, este castillo que ves, donde son los hombres vestias, (<i>que se hazen vestias los hombres</i> si libres se desenfrenan) es del mundo, carne y diablo. ...</p> <p><i>Demonio</i> ¿Quieres callar, Ignorancia? <i>Ignorancia</i> Hable vuestra reverencia. <i>Demonio</i> Mas, pues gustas, pecador, destas figuras diuersas, sabrás las transformaciones. Mira allí con aduertencia. <i>Aquel león coronado</i>... es <i>vn rey</i>, quizá Dauid, que a Vrías quitó la oueja. <i>Esta simia</i> es <i>vn priuado</i> que al que imita lisonjea... <i>Aquel zorro</i> con garnacha [<i>toga</i>] que a Absalón [<i>tercero de los hijos de David</i>] habla a la oreja,</p>	<p>es <i>consejero</i> que engorda paciendo agenas riquezas. <i>Aquel lobo</i>, <i>vn sacerdote</i> que, con cudizia auarenta, hurta a su Dios la vianda... <i>Aquel perro</i>, <i>vn palaciego</i>, <i>vn inuidioso</i> de seda que rabia, que ladra y muerde al que alaga y haze venias. <i>Aquel gato</i> es <i>vn juez</i> que, con más vñas que letras, desuella a gente inocente... <i>El pauón</i> es <i>vna dama</i> que haze a la vanidad rueda, hasta que se ve a los pies de la muerte, torpe y fea. <i>Aquella corneja</i> es un mentiroso <i>poeta</i> que entre plumas mendigadas, entre ruyseñores buela. <i>Aqué'l</i> es <i>vn ambicioso</i>, <i>ydra</i> de siete cabeças... <i>Aquel pulpo</i>, <i>vn alguazil</i>, pues se agarra hasta en las peñas... <i>El cocodrillo</i>, <i>vn traydor</i>;</p>
---	--

vn falso amigo, la hiena;  
escorpión, vn lisongero;  
mentiroso, la pantera...  
La araña es vn embidioso  
que arma redes, vrde telas,  
que todas son telarañas  
de sus entrañas deshechas.  
Vn hypócrita la corra  
que, con fingida modestia,  
predica a los simples pollos  
y por matar se haze muerta.  
La mosca es vn importuno  
que siempre sigue la messa...  
La golondrina, el ingrato  
que en el imbierno se aleja...

Aquel tigre es vn señor;  
aquel grande, vna ballena;  
aquel mono es vn chocante [«gracioso»];  
la raposa, vna alcagüeta...  
Aquel topo es vn auaro  
que nunca se harta de tierra;  
la vrraca es vn habladur;  
vn astuto, la culebra.  
El cisne es vn cortesano  
que con vistosa apariencia  
entre la pluma argentada  
su intención encubre negra.  
Aquel asno, vn pereoso  
que al ozio torpe se entrega...

Ya en el siglo XVIII, el humanista salmantino Torres Villarroel, invocando la autoridad de Aristóteles, vuelve a marcar el paralelismo entre hombres y animales:

Aristóteles, escribiendo a Alejandro, dixo que el hombre era compendio de todas las cosas, y dice más adelante, que no crió Dios criatura más noble que el hombre, ni juntó en otro animal las perfecciones que colocó en él, pues no hay costumbre, o habilidad en alguno de ellos, que no se halle cifrada en el hombre: es atrevido como el león; temeroso como la liebre; luxurioso como el puerco; astuto como la zorra; ligero como el gamo; presuntuoso como el pavón; doméstico como el perro; humilde como la paloma; dañoso como el ratón; útil y generoso como el caballo; y racional como el Ángel. (*Anatomía de todo lo visible e invisible*, 1738-1752)

Aunque, como veremos en las Conclusiones, Galdós es el rey literario de las metáforas animales, Clarín, en el texto que sigue, nos ofrece también un pasaje antológico de acumulación de este tipo de metáforas, insultos en este caso que merece el Diputado López:

Y acercándose a Rueda otra vez, le dijo en voz baja:  
—Oye, tú, ¿qué opinan estos señores de López... el diputado de allá...?  
Lo oyó Merengueda y gritó:  
—¡Valiente animal!  
—¿Quién? —preguntó Blindado.  
—López, el andaluz.  
—¡Oh, qué bruto!  
—¡Qué zángano!  
—¡Un paquidermo!  
—¡Un rinoceronte!  
Bustamante se puso *como un pavo* y dijo con tono humilde:  
—No crean ustedes..., también allá le tenemos por un mequetrefe... Yo no pienso pagarle la visita. ¡Es un aveSTRUZ!

—¡Un *dromedario!* —repitió el coro.  
—Eso le decía yo a mí mujer... ¡Un *dromedario!* (*Pipá*, 1886)

Pablo Neruda escribe un singular poema sobre los dictadores, que son «animales» (*hienas, roedores, buitres*) con diferentes habilidades para hacer daño al pueblo y reciben la ayuda de otros «animales» amigos (*lobos* de Nueva York, *piara*):

Trujillo, Somoza, Carías,  
hasta hoy, hasta este amargo  
mes de septiembre  
del año 1948,  
con Morínigo (o Natalicio)  
en Paraguay, *hienas voraces*  
de nuestra historia, *roedores*  
de las banderas conquistadas  
con tanta sangre y tanto fuego,  
encharcados en sus haciendas,  
depredadores infernales,  
sátrapas mil veces vendidos  
y vendedores, azuzados  
por los *lobos* de Nueva York.  
... // ...  
Pequeños *buitres* recibidos  
por Mr. Truman, recargados  
de relojes, condecorados  
por «Loyalty», desangradores  
de patrias, solo hay uno  
peor que vosotros, solo hay uno  
y ese lo dio mi patria un día  
para desdicha de mi pueblo.  
(*Canto general*, 1950)

A veces, el uso de nombres de animales encubre una intencionalidad política evidente, normalmente en contextos con alto grado de censura. Es lo que cuenta el novelista extremeño Luis Landero (*El balcón en invierno*, Tusquets, Barcelona, 2004: 140) en torno a la canción «Se va el caimán... Se va para Barranquilla»: compuesta por el colombiano José María Peñaranda, estuvo censurada en el franquismo por ver en el animal una velada alusión al dictador.

Mención especial merece el uso de los nombres de animales dentro de la literatura misógina. Desde los autores griegos, toda una corriente antifeminista recorre nuestra cultura. Ya en la antigua poesía griega aparecen poemas muy agresivos contra la condición femenina, como vemos en la *Antología de la poesía lírica griega. Siglos VII-IV* (ed. C. García Gual, Alianza, Madrid, 1983: 41):

De modo diverso la divinidad hizo el talante de la mujer  
Desde un comienzo. A la una la sacó de la híspida *cera*:

En su casa está todo mugriento por el fango...

...  
A otra la hizo Dios de la perversa *zorra*,  
Una mujer que lo sabe todo. No se le escapa  
Inadvertido nada de lo malo ni de lo bueno.

...  
Otra, de la *perra* salió; gruñona e impulsiva  
Que pretende oírlo todo, sabérselo todo,  
Y va por todas partes fisgando y vagando  
Y ladra de continuo, aun sin ver nadie.

(Semónides de Amorgos, *Yambo a las mujeres*)

En la poesía de los Siglos de Oro, la amada se transforma en diferentes animales que engañan al hombre enamorado (una misoginia más elegante, al fin y al cabo). Así, el poeta y dramaturgo granadino Antonio Mira de Amescua (*El primer conde de Flandes*, c. 1600) escribe:

¿Quién adora a la mujer  
sabiendo que es un hechizo  
que la razón quita al hombre  
y aun a la fiera el distinto?  
Si nos canta, es la *sirena*;  
si nos mira, es *basilisco*;  
si nos halaga, *escorpión*;  
si nos llora, es *cocodrilo*;  
si se queja, es la *hiena*;  
si llama, es *lobo marino*;  
si nos habla y nos pregunta,  
[es el esfinge de Edipo:]  
todo en orden a engañarnos.

Un poco más adelante Calderón, en su obra *A tu próximo como a ti* (1670), enumera varias metáforas: «Si habla de flores, soy áspid; / si de fieras, basilisco; / si de aves, soy arpía; / si de peces, cocodrilo».

**1.1.4. LA SIMBOLOGÍA.** El símbolo (*σύμβολος*, *sým* «con», *bolos* «lanzar», «reunir») es el «elemento u objeto material que, por convención o asociación, se considera representativo de una entidad, de una idea, de una cierta condición, etc.». Parece obvio que *metáfora* y *símbolo* son dos conceptos estrechamente relacionados. Ambos surgen en la misma sociedad que, frecuentemente, comparte una lengua que remite a una realidad común. Y, si es cierto que «aprehendemos» la realidad a través de la lengua, parece razonable pensar que, cuando aparece una metáfora, la palabra que se refiere a una realidad (*león*, «animal») se traslada a otra realidad no contigua (*hombre*, «fuerte»). La palabra, por tanto, «encubre» una nueva realidad no perceptible directamente. Cuando decimos «Mario es un león», además de «estar min-

tiendo» (puesto que no lo es), estamos convirtiendo a un león (realidad palpable), a una parte de la realidad, en una representación de una virtud (no palpable), en este caso que comentamos «fortaleza» («Mario es fuerte»). El símbolo, por tanto, es esa realidad que, previamente, ha pasado en determinada sociedad por un proceso semántico que interpreta el mundo y que hace visible, evidente, palpable aquello que es menos accesible a nuestros sentidos. Es un proceso de «concreción», de paso de lo «abstracto» a lo concreto.

Esta relación símbolo-metáfora es perfectamente aplicable a virtudes, defectos, modos de ser y de actuar, movimientos y relaciones interpersonales. Estamos ante maneras diferentes de ver el mundo, condicionadas por las lenguas, pero también por las diferentes culturas (a su vez, claro, concretadas por la lengua o por las lenguas que utilizan). El modo de vida, el conocimiento del mundo y el desarrollo y la creatividad de los distintos pueblos adjudican valores a las cosas (animales, plantas...). En lo que sigue resumo o cito ideas o palabras del *Diccionario de los símbolos* (1986) de Jean Chevalier.

En ocasiones, los valores son muy diferentes en las distintas culturas. Así, la ABEJA, ejemplo de laboriosidad en nuestro contexto cultural, «en China desempeña un papel, si no nefasto, al menos con relación al aspecto terrible de la guerra». La RATA, igualmente, tiene en nuestro ámbito connotaciones negativas: «se asocia a las nociones de avaricia, de parasitismo, de miseria»; sin embargo, en Japón acompaña al dios de la riqueza, Daikoku, y, por tanto, es signo de prosperidad (como en China o en Siberia). El GALLO es, en nuestra civilización, un animal positivo: encarna el orgullo, anuncia la salida del sol; es, incluso, emblema de Francia; pero en el budismo del Tíbet el gallo es un símbolo nefasto: «está en el centro de la “Rueda de la Existencia”, asociado al puerco y a la serpiente, como uno de los tres venenos». Asociamos el DRAGÓN a lo demoniaco, pero en China es el símbolo del emperador. El ELEFANTE es, para nosotros, representación de lo pesado y de lo torpe, pero en la India y en el Tíbet es una «animal-soporte del mundo: el universo descansa sobre su lomo». El PAPAGAYO es, en nuestro día a día, un animal poco valorado («el que habla mucho», «el que repite sin saber lo que dice»), pero en la cultura maya era el símbolo del fuego y de la energía solar.

También es cierto que existen ciertos animales que tienen valores positivos o negativos muy generalizados. El ÁGUILA, por ejemplo, es un símbolo bueno en todas las culturas, siempre en relación con los dioses: es la reina de las aves (nótese su presencia en los escudos reales). Las AVES, en general, frente a los reptiles, tienen siempre también connotaciones positivas: en el Corán son el símbolo de la inmortalidad del alma; sin embargo, las nocturnas (LECHUZA o el BÚHO, que en la mitología griega es el intérprete de Átropos, la Parca que corta el hilo del destino) se relacionan con las almas de los muertos que gimen desde sus oscuras moradas. El BUEY es siempre un animal importante en muchas culturas y «símbolo de bondad, de calma, de fuerza apacible»; en Grecia era el animal sagrado para el sacrificio.

cio (la *hecatombe* era el «sacrificio de cien bueyes») y también el animal de Apolo que Hermes roba.

Entre los animales con visiones negativas en casi todas las culturas está el CERDO: además de símbolo de la glotonería, representa también las tendencias oscuras (ignorancia, gula, lujuria, egoísmo): de ahí, quizás, la prohibición de comer su carne en el islam.

A veces, el mismo animal tiene valores simbólicos contrapuestos. Es el caso del ASNO (o BURRO) que es el símbolo de la ignorancia entre nosotros, pero también en otras culturas es «el emblema de la oscuridad o incluso de las tendencias satánicas». Sin embargo, la BURRA, sobre todo en la Biblia, es el «símbolo de paz, pobreza, humedad, paciencia y coraje»: no olvidemos que este animal lleva a la familia santa a Egipto y Jesús hace su entrada triunfal en Jerusalén en sus lomos.

Hay que notar, finalmente, la importancia de la Biblia en muchos de los símbolos de Occidente. Es el caso del CORDERO: «símbolo de dulzura, simplicidad, inocencia, pureza, obediencia... en todos los tiempos se ha considerado el animal de sacrificio por excelencia»; Cristo fue el *agnus Dei qui tollis peccata mundi*. La PALOMA es el símbolo del Espíritu Santo: «Es el Espíritu de Dios aleteando sobre la superficie de las aguas de la sustancia primordial indiferenciada; la blanca paloma es símbolo de la paz y de la sencillez (llevaba en su pico la rama de olivo en el arca de Noé como representación de la paz y de la armonía)». También el PEZ es importante en los monumentos y en la simbología cristiana: la palabra griega *iklhthys* es «un ideograma, cuyas cinco letras son las iniciales de otras tantas palabras: *Iesous*, *Khristos*, *Theou* *Yios* —“hijo de Dios”, *Soter* —“Salvador”—».

Finalmente, hay que señalar que, en ocasiones, la interpretación simbólica de los animales está muy alejada de concepto cotidiano que la comunidad tiene de ese animal. El CABALLO para nosotros es un animal más o menos familiar, con el que se elaboran metáforas que aluden al juego («tahúr»), a la torpeza, a la corpulencia... Y, sin embargo, en casi todas las culturas se asocia a la oscuridad de las fuerzas o deidades telúricas del inframundo: Aquiles, en la *Ilíada*, sacrifica cuatro yeguas para que lleven a su difunto amigo Patroclo a los infiernos; los cuatro jinetes del Apocalipsis cabalgan sobre cuatro caballos: el blanco de la victoria, el rojo de la guerra, el negro del hambre y el bayo de la muerte. El CARACOL, al que no se le valora demasiado, es el símbolo de la regeneración periódica: «muestra y esconde sus cuernos, así como la luna aparece y desaparece; muerte y renacimiento; tema del perpetuo retorno».

**1.1.5. LA LINGÜÍSTICA.** La pragmática y la filosofía acuñaron dos conceptos, relacionados con el significado de las palabras, que han tenido un amplio desarrollo y que tienen mucho que ver con nuestras metáforas animales. Son el *prototipo* y el *estereotipo*. Cito en lo que sigue a Lara (*Teoría del diccionario monolingüe*, 1997), una monografía imprescindible en la lexicografía española.

El prototipo es «un objeto singular de la realidad, que el individuo aprehende primero y después lo configura como núcleo de una categorización que organiza el reconocimiento de todos los objetos singulares semejantes» (Lara, 1997: 179). El diccionario académico, en su segunda acepción, nos ofrece una definición aplicable solo al ámbito filosófico y moral: «modelo de una virtud, vicio o cualidad». En cada uno de los grupos de animales, coloca uno o varios prototipos (en los cánidos, el *perro* y el *lobo*). Como veremos, serán los prototipos de cada grupo los que generan, normalmente, mayor número de usos metafóricos, que con cierta frecuencia contaminan a otros elementos del grupo.

Por otra parte, el estereotipo (palabra griega, que se puede parafrasear como «molde sólido») es, según el diccionario académico, la «imagen o idea aceptada comúnmente por un grupo o sociedad con carácter inmutable». Como es bien sabido, el concepto de estereotipo parte del filósofo Hilary Putnam (*Mind, language and reality*, Cambridge University Press, Cambridge, 1975). Para él «lo que compone el significado de una palabra es el conjunto de características de los objetos que designa, que resultan “típicas” para los miembros de una comunidad lingüística» (Lara, 1997: 184). El estereotipo, según el filósofo norteamericano, tiene tres rasgos fundamentales: pertinencia social (la sociedad lo sanciona), corrección —o verdad— situada (el Sol no se considera una estrella, pero es una estrella) y valor normativo (no se ha demostrado que el tigre sea «sanguinario», pero aprendemos el concepto así).

El estereotipo es una suma de rasgos significativos para los hablantes de una lengua: el alemán, para los españoles, es «alto, rubio, disciplinado y amante de la cerveza». En nuestro caso, es solo un rasgo sobresaliente («habilidad» en la ardilla) el que se convierte en punto de partida para el «cambio de nombre», para la metáfora. Pero los animales, como grupos, tienen sus estereotipos: las *aves* son animales positivos, bien vistos en nuestra cultura (el águila, la paloma) frente a los *reptiles* que son considerados de una forma negativa (la pragmática enseña que arriba es positivo, abajo es negativo). Ya hemos visto esto valores un poco más arriba, en el apartado de 1.1.4. SIMBOLOGÍA.

Lázaro Carreter, en sus interesantísimos dardos (*El dardo en la palabra*, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, Barcelona, 1997: 396-397), dedica un artículo al *Lenguaje depurado*, en torno a la aprobación por parte del Parlamento de una proposición no de ley que «invita a la Real Academia Española a revisar su Diccionario con el fin de eliminar todos los términos atentatorios contra la condición femenina». El antiguo director de la institución amplía la casuística del maltrato a los animales:

Todos los amantes de los animales, que han de sentirse autorizados a exigir de sus representantes parlamentarios un enérgico exhorto a la Academia para que apee enseñada docenas de vocablos con que los humanos dominantes nos hemos cebado en la inocente naturaleza de aquellos. ¿Cómo admitir sin sentir cólera que se empleen térmi-

nos como *bestia*, *animal*, *bruto*, *asno*, *burro*, *pollino* o *mula* para calificar a sujetos de nulas entendederas o de aberrante comportamiento? ¿Debe ser lícito llamar a un ratero *zorro* (de *zorra* nada hay que decir), a un sucio *puerco*, a un loco *cabra*, a un mal bailarín *oso*, a un chupasangre *chacal*, a un carroñero *hiena*, a un dormilón *lirón*, a una criadita *marmota*; y *foca*, *vaca* o *ballena* a una dama metida en carnes?

Todo esto, y más, ocurre sin salir de los mamíferos, que no son los peor considerados en esta acción de injusticia idiomática total que con ellos cometemos.

Si entramos en otros grupos zoológicos, lo que ocurre infunde pavor. Descorazona nuestra falta de equidad al designar a la fea con el nombre elocuente de *loro*, y con el también distinguido de *cotorra* a la charlatana. No es menos cobarde por ejemplo el *canario flauta* que una *gallina*, y, sin embargo, esta útil ponedora sirve para infamar a los pusilánimes. Pensemos en lo que ocurre con los encantadores reptiles: la *sabandija*, la *tortuga*, la *víbora*, el *caimán*, el *lagarto*, el *camaleón*... Descendiendo en la escala, topamos con animalillos todavía más indefensos, que no escapan a nuestra injuria: la *lombriz*, el *gusano*, la *sanguijuela*, el *parásito*, la *polilla*, el *moscardón*, el *piojo*, la *cigarra*, el *tábano*... ¡tantos!

Precisamente en este trabajo intentaré describir esos «¡tantos!» a los que se refería el maestro filólogo. En el *Diccionario de argot* de Espasa, en la voz *asno*, aparece esta larga lista de equivalencias metafóricas entre animales y hombres:

Este tipo de insultos y metáforas son muy frecuentes y usuales en el argot, donde cada familia de animales representa una cualidad —sea ficticia o real— que sirve para caracterizar al ser humano a través de la comparación: los *asnos* y *burros* (e incluso las *acémilas*) con el empleo de la fuerza y la falta de raciocinio; la *mula* con la terquedad (recuérdese la expresión, *terco como una mula*); el *cerdo*, la *caballa* y el *bacalao* con el mal olor y falta de higiene; el *avestruz* y la *gallina* con la cobardía; el *lince* con la sagacidad; el *tigre* y el *león* con el coraje; el *buitre* con el aprovechamiento; el *pájaro* y las alas con la libertad; la *ardilla* y la *liebre* con el dinamismo y la rapidez; la *tortuga* con la lentitud; el *zorro* con la perversión y astucia (y la *zorra* con el libertinaje -medítese sobre la diferencia genérica y el correspondiente cambio de significado); el *perro* con la fidelidad (y curiosamente, en el argot del delincuente, con el delator); la *hormiga* con el ahorro y la previsión; el *elefante* con la capacidad memorística (como muestra la expresión *tener memoria de elefante*), etc. Además, en el argot marginal: el *mono* es el policía; la *perra*, el delator; el *camello*, el traficante de estupefacientes; la guardia civil son los *lagartos* o *caimanes*, etc.

En este apartado de la lingüística, quiero hacer referencia, aunque sea rápida, a la relación de la metáfora animal con dos ámbitos lingüísticos concretos: el lenguaje de germanía y los dialectos.

Como es bien sabido (Alonso: 1977), la lengua de los *outsiders* (de los marginales o marginados), en los Siglos de Oro, constituye un ejemplo muy interesante de uso críptico de las palabras y, como era de esperar, la metáfora se utiliza como mecanismo clave para esa ocultación del significado. El ladrón, por ejemplo, tiene un amplio abanico de metáforas: *águila*, *agUILUCHO*, *araña*, *avispón*, *andarríos*, *azor*,

*garduña, gato, gavilán, gerifalte, fuina, hurón, lagarto, lechuza, león, lince, lobatón, loro, macaco, murciélagos, paloma, piraña, polilla, rata, ratón, sacre, urraca y zorro.*

En cuanto a las variantes diatópicas, hay que señalar la presencia en nuestro corpus de algunos dialectalismos curiosos dentro del español peninsular: son tres aragonesismos (*fuina, quera* y *zorrino*) y dos canarismos (*baifo* y *pispa*): son sinónimos de nombres de animales también con significado metafórico, excepto *pispa*.

MAMÍFEROS: *baifo* (cabrito, Canarias, 3.1.81), *fuina* (garduña, Aragón, 3.1.74), *zorrino* (mofeta, Aragón, 3.1.72)

AVES Y PÁJAROS: *pispa* (lavandera blanca, Canarias, 4.1.221)

INSECTOS: *quera* (carcoma, Álava, Aragón, 4.2.261)

Cierro este apartado con una referencia al uso de los nombres de animales como nombre de hombre. La relación ser humano-animal tiene también su espacio en la antropónimia. Hay pocos nombres propios de animales: tenemos *Paloma* (quizás en su difusión esté la imagen del Espíritu Santo). Según el padrón de España del año 2017 (publicado el 19/06/2018),<sup>1</sup> los apellidos con nombre de animal más frecuentes son: *Borrego* (26187), *Cerda* (16308), *Vaca* (12540), *Conejo* (10802), *Zorrilla* (9459), *Cuervo* (9203), *Carnero* (7882), *Cabra* (2160), *Pájaro* (1620), *Sardina* (1179), *Hormiga* (1143). Menos frecuentes son: *Alce*, *Cerdo* (269), *Cordero*, *Corzo*, *Chinchilla*, *Culebras*, *Galgo*, *Gallina*, *Gallo*, *Ganso* (312), *Garza*, *Gavilán*, *Grillo*, *Lagarto*, *Lebrato*, *Lince*, *Lobato*, *Lobo*, *Morsa*, *Orca*, *Osa*, *Paloma*, *Palomo*, *Pava*, *Perdigón*, *Pichón*, *Rana* (315), *Raposo*, *Toro* y *Zorro*.

## 1.2. ANIMALES DOMÉSTICOS Y ANIMALES EXÓTICOS

Desde los animales más grandes («entra como un *elefante* en una cacharrería») hasta los más pequeños (el *mosquito*: «hombre que acude frecuentemente a la taberna»), todos son puntos de referencia para las metáforas. En la creación de las metáforas de animales, intervienen una serie de factores, entre los que es fundamental la relación de cercanía con el hombre: los animales domésticos son más conocidos y, por tanto, susceptibles de ser usados más frecuentemente como metáforas (el perro como compañía; la mula en el trabajo): el cerdo (base durante mucho tiempo del sustento) y el burro (fundamental en el transporte en el campo), sobre todos, han generado un importante número de sinónimos, con acepciones metafóricas heredadas. En cuanto a la domesticación, hay que resaltar que vino después de un largo periodo de caza por parte del hombre. Nos interesa especialmente puesto que, en principio, deben ser la fuente fundamental de los procesos metafóricos. El paleontólogo alemán Frederick Everard Zeuner escribió un exce-

lente libro titulado *A History of Domesticated Animals* (1963: 9): «El mundo animal era una importante fuente de comida y materia prima para el hombre primitivo, y cuando se desarrollan sus concepciones de la magia y de la religión el mundo animal entra en ellas». Establece una secuenciación del proceso de domesticación (*ibidem*: 64):

1. Mamíferos domesticados en la fase pre-agrícola: *perrro, reno, cabra, oveja*.
2. Mamíferos domesticados en la primera fase agrícola: *ganado vacuno* (toros, vacas), *búfalo, yak, cerdo*.
3. Mamíferos domesticados posteriormente, sobre todo para el transporte y las labores del campo.
  - a) Domesticados por la agricultura en la zona de bosques: *elefante*.
  - b) Domesticados por los nómadas: *caballo, camello*.
  - c) Domesticados por las civilizaciones a orillas de los valles: *asno, onagro*.
4. Los ladrones de cultivos: *hurón, gato*.
5. Otros mamíferos:
  - a) Pequeños roedores: *conejo* (medieval), *lirón* (Roma).
  - b) Domesticados experimentalmente: *hiena* (Egipto), *zorro* (Neolítico), *gacela* (Egipto), *ibis* (ave zancuda, Egipto).
  - c) Especies del nuevo mundo: *llama* (América india).
  - d) Mascotas: *ratón* (Europa moderna).
6. Pájaros, peces, insectos (no clasificados cronológicamente).

Nuestro conocimiento sobre los animales es directo (pragmático) en los de nuestro entorno; pero, en otros casos, es cultural (a través de textos literarios o científicos —zoología—, de imágenes en el cine o en la televisión —esos programas de sobremesa de la 2 de TVE—). Es lo que sucede con la ballena, el cachalote, el elefante, la foca, el chimpancé, el gorila, el macaco, el mico, el mono, el león, la pantera, el tigre, el búfalo, el canguro, el chacal, el coyote, la hiena, el hipopótamo, el cocodrilo... En nuestras metáforas, nos vamos a encontrar con animales poco conocidos (algunos cultos; también tecnicismos): abanto, acémila, arrendajo, áspid (culto), barbo, bucéfalo (culto), calandria, cuadrúmano (tecnismo), escuerzo, lebrastón, mastodonte (tecnismo), mofeta, paquidermo (tecnismo), picaza, raposo, sacre y urraca. Este grupo está en metáforas no demasiado frecuentes. Pero, en ocasiones, el escaso conocimiento del animal no es óbice para que surjan metáforas muy habituales. Es el caso de carcoma, cernícalo, chivato, chota, galápagos, gerifalte, gorgojo, ladilla, lirón, marmota, pécora, quera o rémora.

El zoológico y el circo son dos medios directos para contemplar animales ajenos a nuestro entorno. El jardín zoológico, parque zoológico, casa de fieras, zoológico o zoo tuvo su origen en las colecciones privadas, sobre todo de reyes, de animales exóticos. En 1664, se inaugura en Versalles la *ménagerie royale*, dedicada a Luis XIV. Más tarde (1828), aparece en Londres el zoológico tal y como lo con-

cebimos ahora: un lugar no solo de exhibición, sino de estudio científico, de la cría en cautividad de las especies en peligro de extinción. Como en el caso que veremos del circo, ciertos colectivos no creen ético que exista este tipo de establecimientos, sobre todo en caso de que los animales exhibidos puedan estar en su hábitat natural.

Diversas culturas cuentan con el circo entre sus primeras manifestaciones artísticas, sobre todo China, Grecia, Roma y Egipto. Ya en el curso romano, los gladiadores luchaban entre ellos y en ocasiones con animales salvajes (recordemos las escenas de las famosas *Ben-Hur* y *Gladiador*). Sin embargo, los historiadores defienden que la idea de circo como tal empezó a desarrollarse en la Edad Media, con los saltimbanquis, que andaban de pueblo en pueblo mostrando sus habilidades en los saltos y las acrobacias. A mediados del XVIII, nació en Londres el primer circo en el sentido moderno, sobre un escenario circular al aire libre y rodeado de tribunas de madera. Se llamaba *Circus Hippodrome* y en él se llevaban a cabo carreras de caballos, obras de teatro y actos de acrobacia y equilibrio. Los animales de circo más comunes son los elefantes, leones, tigres, monos, ponis, cebras, jirafas y panteras, entre los exóticos; perros y caballos, entre los más conocidos. Cfr. Eguizábal (2012).

A partir del XIX comienza la época de protección de los animales, después de que en los dos siglos anteriores fueran normales en las ciudades y en las casas de las clases medias las mascotas.

Hay desde hace un tiempo una corriente de pensamiento que podemos llamar *animalista*, que defiende los derechos de los animales y combate el maltrato que reciben: en los zoos y acuarios viven fuera de su hábitat natural (aunque, en ocasiones, sirven para proteger especies en vías de extinción), como animales de compañía (perros, gatos, pájaros, sobre todo) a veces abandonados, en las fiestas de muchos pueblos (sobre todo, burros, cabras, gallinas o vaquillas) y en la llamada *fiesta nacional* (referente intelectual y controvertido), animales que suministran pieles de lujo, animales explotados para la comida (cerdos, terneras, pollos) y los animales objetos de la caza y de la pesca. Cfr. Tamames (2007).

Por otro lado, los animales autóctonos (el *lobo*, por ejemplo) son mucho más frecuentes que los animales exóticos, que han recorrido un itinerario cultural más complejo que el conocimiento directo (pienso en la *jirafa*). En algunos casos, el poder de la lengua es tan fuerte que, en ocasiones, el hablante ignora el uso recto de determinados animales utilizados como metáforas. Es lo que sucede probablemente con *chota*, *camaleón*, *mofeta* (entre los mamíferos), *abanto*, *andarríos*, *gerifalte*, *gurripato*, *picaza*, *sacre*, *tagarote* (entre las aves y pájaros), *rémora* (entre los peces) o *samarugo* (entre los anfibios).